

## **AUTOCONOCIMIENTO Y AMOR DE DIOS. 11ª charla**

Monasterio de Santa María de Sobrado. P. Carlos G. Cuartango. 11-10-2014

Fraternidad de Laicos Cistercienses

El último día, si recordáis, hablando del dependiente y del antidependiente, acabamos diciendo que es fácil llegar a ese punto de sentirse desesperado y pensar que nunca lo vamos a solucionar, que nunca llegará el amor a nuestra vida. Pero llegar a ese punto es bueno, pues nos da la motivación suficiente para hacer el trabajo interior que necesitamos hacer.

Estos patrones no se resolverán solos simplemente por observar los problemas de nuestra relación, por cuestionar la compatibilidad con nuestra pareja o por estar convencidos de que el problema es del otro. No lo vamos a solucionar desde fuera, tenemos que trabajarlo dentro, no vamos a resolver este desastre sin llegar hasta sus raíces. Todos llevamos dentro tanto un antidependiente como un dependiente, cosa que podemos descubrir en diferentes relaciones o en una sola, pero antes o después tenemos que penetrar, tanto en nuestro miedo a la soledad como en nuestro miedo a la intimidad.

El drama del dependiente y del antidependiente empieza a solucionarse cuando finalmente dejamos de concentrarnos en el exterior para encontrar la fuente de la felicidad y la solución de los problemas y empezamos el proceso de trabajar con nuestras heridas de vergüenza, shock y abandono.

Pero antes de pasar a ver y trabajar con nuestras heridas profundas, había pensado que, hoy, para animarnos en este duro camino, vamos a recordar, una vez más, que no estamos solos, que lo definitivo es el Amor de Dios que es siempre accesible.

Después de todo lo que hemos visto, nos podemos preguntar, ¿qué somos, santos o pecadores? ¿Qué es lo más profundo que hay en nuestro interior, la bondad o el egoísmo? ¿O es que somos dualistas con dos principios innatos dentro de nosotros, uno bueno y otro malo, cada uno en perpetua dualidad con el otro?

Sin duda, a nivel de experiencia, somos conscientes de un conflicto. Dentro de nosotros hay un santo que quiere reflejar la grandeza de la vida, aun cuando hay también dentro de nosotros algún otro que se empeña en caminar por un sendero más tortuoso. Me encanta la honradez de Henri Nouwen cuando describe este conflicto de su propia vida: “Quiero ser un gran santo -confesó una vez- pero me resisto a privarme de todas las sensaciones que experimentan los pecadores”. Es por esta bipolar tensión de nuestro interior por lo que encontramos tan duro esclarecer opciones morales. Queremos las cosas correctas pero, no menos, muchas de las censurables. Cada elección supone una renuncia, y así la lucha entre el santo y el pecador que llevamos dentro se manifiesta con frecuencia en nuestra incapacidad para llevar a cabo opciones difíciles.

Pero no sentimos esta tensión solo en nuestra lucha por esclarecer decisiones morales; lo sentimos diariamente en nuestras espontáneas reacciones a situaciones que nos afectan adversamente. Dicho simplemente: cada vez que otros influyen de forma negativa, estamos bandeándonos entre ser mezquinos y bondadosos, rencorosos e indulgentes.

Por ejemplo, todos nosotros hemos tenido esta clase de experiencia. Estamos en el trabajo y en un buen estado emocional, teniendo pensamientos de paz y compañerismo, fomentando sentimientos de colaboración, sin desear mal a nadie, cuando de pronto un compañero de trabajo entra y, sin ninguna razón, nos ofende o insulta de alguna manera. En un instante, todo nuestro mundo interior se revuelve: una puerta se cierra de golpe y nosotros empezamos a sentir frialdad y rencor, pensando cualquier cosa menos piropos, mientras manifiestamente nos volvemos otras personas: pasando de ser amables a avivar rencor, de ser santos a fomentar sentimientos de venganza.

¿Cuál es nuestra verdadera persona? ¿Qué somos en realidad, santos con un gran corazón, o mezquinos y rencorosos? Al parecer, somos ambas cosas: santos y pecadores, puesto que tanto la bondad como el orgullo corren por nosotros.

Curiosamente, no siempre reaccionamos del mismo modo. A veces, ante un desaire, insulto o incluso ataque o injusticia, reaccionamos con paciencia, comprensión y disculpa, ¿por qué? ¿Qué es lo que cambia la química? ¿Por qué a veces respondemos a una mezquindad con un gran corazón, y otras con encono? Después de todo, no sabemos la razón, eso es parte del misterio de la libertad humana. Ciertos factores, desde luego, actúan dentro; por ejemplo, si nos hallamos en un buen espacio interior cuando somos ignorados, desairados o tratados groseramente, estamos más dispuestos a reaccionar con paciencia y comprensión, con un gran corazón. Por el contrario, si nos sentimos cansados, tensos y faltos de amor y estima, estamos prontos a reaccionar negativamente, y devolvemos rencor por rencor.

Por eso, si queremos aprender a entendernos a nosotros mismos, debemos aprender a abrirnos a todas nuestras reacciones emocionales y a aceptarlas. Conocer y acoger nuestras emociones es la clave para entendernos, por ello, necesitamos aprender a escuchar a nuestras emociones si queremos crecer como personas. Hay una creencia básica en la que debo confiar absolutamente para comprenderme a mí mismo mediante la comprensión de mis emociones, y es la siguiente: Nadie más

que yo puede causar o ser responsable de mis emociones. Pero lo cierto es que nos sentimos mejor atribuyendo nuestras emociones a otras personas. “Me has hecho enfadar...Me has dado miedo...Has hecho que me vuelva celoso...”. Y la verdad es que tú no puedes hacerme nada de eso. Lo único que puedes es estimular las emociones que ya están en mí esperando ser activadas. La diferencia entre causar y estimular las emociones no es un simple juego de palabras; es importante además aceptar la verdad que encierra. Si yo creo que tú puedes hacerme enfadar, entonces, cuando me enfade, me limitaré a culparte de ello y a cargarte a ti con el problema, y nuestro encuentro no me habrá enseñado nada. Lo único que concluiré es que tú has sido el culpable de mi enfado. Y ya no necesitaré hacerme pregunta alguna sobre mí mismo, porque habré descargado en ti la responsabilidad del asunto.

Si acepto la tesis de que los otros sólo pueden estimular emociones ya presentes en mí de forma latente, cualquier experiencia que produzca esas emociones será una experiencia de aprendizaje. Y entonces me preguntaré: ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué me sentí amenazado por el comentario? ¿Por qué me enfadé tanto? ¿No sería mi enfado una forma encubierta de guardar las apariencias? Había ya algo dentro de mí que este incidente sacó a la luz. Pero ¿qué era ese algo? Las personas realmente responsables se relacionan con sus emociones de una manera positiva y ya no se permiten el fácil recurso de juzgar y condenar a los demás. Serán personas que podrán crecer a medida que estén cada vez más en contacto consigo mismas.

Lo importante es darse cuenta de que cada una de nuestras reacciones emocionales nos dice algo acerca de nosotros mismos. Debemos aprender a no descargar en los demás la responsabilidad de estas reacciones, prefiriendo culparles a ellos en lugar de aprender algo sobre nosotros mismos. Cuando yo reaccione emocionalmente, sé que no todos reaccionarán de la misma manera. No todos tienen en su interior las mismas emociones que yo. Cuando se trata con muchas personas, hay una gran variedad de reacciones emocionales: esas personas son diferentes, sienten diferentes necesidades, tienen un diferente pasado y persiguen diferentes objetivos. Consiguientemente, sus reacciones emocionales son también diferentes, en función de lo

que haya dentro de cada una de ellas. Lo más que yo puedo hacer es estimular esas emociones. De modo análogo, si deseo saber algo acerca de mí mismo, de mis necesidades, de mi auto-imagen, de mi sensibilidad, de mis condicionamientos psicológicos y de mis valores, entonces tengo que escuchar mis propias emociones y aprender de ellas.

Evidentemente, la no expresión de las emociones es sumamente habitual. Muchas emociones humanas, aun reconocidas interiormente, no se expresan nunca (por ejemplo: “jamás permitiré que sepa que estoy celoso”). Hay dos razones fundamentales para no expresar los sentimientos reconocidos. La primera es que podemos dudar de que los demás los entiendan. Seguramente les entrarían dudas sobre nosotros mismos, y hasta es posible que llegaran a cuestionar nuestra cordura o nuestra integridad. Esta duda invade esa sensible zona que hay en nosotros y que constituye el centro de la conducta y la existencia humanas: nuestra propia auto-imagen y la consiguiente autoaceptación, autoestima y autocomplacencia. El segundo motivo posible para no expresar las emociones resulta aún más alarmante: tememos que las emociones que admitamos puedan emplearse contra nosotros, ya sea de manera irreflexiva, ya sea por pura crueldad. En cualquier caso, los demás pueden emplearlas, y aun cuando no las empleen de manera explícita, siempre podremos preguntarnos si no se están compadeciendo de nosotros, si no nos tendrán miedo, o si no se estarán distanciando de nosotros. Nos preguntaremos si sus reacciones no son consecuencia de los sentimientos que les hemos confiado.

Pero, sea como sea, en definitiva, en todo esto actúan realidades más profundas, más allá de nuestro bienestar emocional de un día determinado. Nuestra reacción ante una situación determinada, con simpatía o con rencor, depende de algo más. Los Padres de la Iglesia tenían un concepto y un nombre para esto. Ellos creían que cada uno de nosotros tiene dos almas: una grande y otra pequeña; y la manera como reaccionamos a cualquier situación depende mayormente de con qué alma pensamos y actuamos en ese momento. Así que, si recibo un insulto o una injuria con mi alma grande, me encuentro más dispuesto a tomarlo con paciencia, comprensión y perdón. Por el contrario, si recibo un insulto o daño cuando está actuando mi alma pequeña, estoy más pronto a responder con mezquindad, frialdad y rencor. Y, para los Padres de la Iglesia, ambas

almas están dentro de nosotros y son reales; así que somos de gran corazón a la vez que mezquinos; somos santos a la vez que pecadores.

Pero debemos tener cuidado para no entender esto dualísticamente. Afirmando que tenemos dos almas, una grande y otra pequeña, los Padres de la Iglesia no están enseñando una variación de un viejo dualismo, a saber, que hay dentro de nosotros dos principios innatos, uno bueno y otro malo, luchando constantemente por controlar nuestros corazones y almas. Esa clase de lucha entra de hecho en nosotros, pero no se da entre dos principios separados.

El santo y el pecador que hay dentro de nosotros no son dos entidades separadas. Más bien sucede que el santo que hay en nosotros, el alma grande, es no solo nuestra verdadera identidad sino nuestra única identidad. El pecador que hay dentro de nosotros, el alma pequeña, no es una persona separada o una fuerza moral separada que libra perpetua lucha contra el santo; es simplemente la parte dañada, enferma, herida, esa parte del santo que ha sido maldita y nunca bendecida propiamente.

Nuestra dañada identidad no debería ser demonizada ni maldecida de nuevo; más bien necesita ser amparada y bendecida. Necesita ser conocida y acogida con mucho amor para ser entendida y comprendida. Entonces dejará de ser mezquina y rencorosa ante cualquier adversidad.

En definitiva, cuando cada uno de nosotros se pregunta sobre sí mismo: ¿quién soy yo?, sentimos que la vulnerabilidad nos caracteriza, la realidad es que 'yo siempre soy un enigma para mí mismo'. En muchas ocasiones y de diversas maneras nos preguntamos a lo largo de la vida quiénes somos y cómo queremos ser.

Y dicho todo esto, vamos a indagar en ello dejándonos guiar por la espiritualidad de la debilidad de San Pablo. La expresión de San Pablo: *¡pobre de mí, quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte! (Rm 7, 24)* nos ha servido en tantas

oportunidades para hacer referencia a una experiencia personal y a la vez universal, la experiencia de la debilidad, que no respeta credos ni naciones, que no le ha sido, ni le será ahorrada a ningún ser humano, porque simplemente es una manifestación de su contingencia y creatureidad. Nacemos en el más absoluto desvalimiento y por lo general, llegamos al final de nuestros días experimentando dolorosamente ese mismo desvalimiento, sea por una enfermedad que nos invalida o que lentamente nos consume, o por el paso del tiempo que va dejando en nuestro cuerpo su huella inexorable...

Sin embargo, aunque la experiencia de la debilidad física, corporal, pueda ser muy grande, mayor y más estremecedora aún es siempre la experiencia de la debilidad moral... ¡Cuando experimentamos que ya no podemos más! ¡No podemos realizar lo que está ante nosotros como ideal! No podemos cumplir con nuestros propósitos, no podemos llevar a cabo nuestras resoluciones. No podemos complacer a nuestros seres queridos, no podemos seguir más los dictados de nuestra conciencia, de nuestro yo mejor. ¡Sencillamente no podemos más! Sentimos el peso del cansancio, de la soledad, de la fatiga, el desánimo, la debilidad, la superficialidad, el desgaste de nuestra voluntad y de nuestro corazón ante la tentación que nos acecha, ante una dificultad sostenida, que nos predisponen a escapar o a ceder, más que a resistirla.

Esta experiencia que nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida, conoce épocas en las que se condensa dolorosamente y nos empuja a buscar respuestas: ¿Por qué? ¿Por qué el fracaso o la incompreensión, por qué la injusticia o la ingratitud, por qué la falta de dominio, la susceptibilidad, la envidia, el desamor, la falta de virtud, sí, en definitiva, por qué el pecado? ¿Y además, por qué si nuestra vida como creyentes desea estar permanentemente orientada a la virtud? ¿Por qué *no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero?* (Rm. 7, 19). Este dilema de Pablo, es también nuestro propio dilema, el que nos impulsa a buscar una respuesta que de sentido a este aparente contrasentido en nuestra vida. Por cierto, no se trata de una pregunta de poca importancia. En su respuesta se juega nuestra postura íntima y decisiva ante Dios. ¿Quién es para mí, qué represento para Él, qué espera de mí y qué no espera..., cómo es mi respuesta ante él, cómo entiende mi debilidad?

La pregunta crucial es: ¿Qué hacer con la propia debilidad? Esa que se experimenta dolorosa, sí, hasta vergonzosamente en el fuero interno. ¿Qué hacer para que no nos aplaste, ni nos desanime, para que no nos desvalorice ni nos canse, qué hacer para que no nos quite autoridad ante los demás, para que no nos enferme o nos amargue? Si cada uno ha de ser tratado conforme a sus obras, ¿cómo es posible que sufra un justo, que sus esfuerzos no sean coronados con la virtud, sino con la experiencia de la debilidad? Si cada quien se esfuerza por dar lo mejor de sí, ¿por qué esta cosecha y no los éxitos, las alabanzas, las bendiciones, el reconocimiento, la satisfacción ante la tarea cumplida, la paz...?

Hay tantas formas de enfrentar esta pregunta por el sentido de la debilidad o de la pequeñez en nuestras vidas: Hay quienes elegantemente la minimizan, la trivializan para no tener que sufrirla. La convierten en una broma simpática, en una anécdota más. Hay otros que no la toleran, que la niegan porque no pueden soportar la evidencia de la impotencia, inevitablemente asociada a la minusvalía de “no ser capaz”. También están aquellos que la reprimen y le quitan derecho a expresarse con libertad, que la ahogan con pensamientos religiosos, con ilusiones de mayor virtud. O aquellos que se entregan sin restricción a la amargura por el triste resultado de la autoevaluación o de la evaluación de los demás que conlleva la experiencia de la incapacidad.

Si la debilidad no se puede asumir correctamente, cada una de estas formas de responder, tiene sus consecuencias, que van desde las enfermedades del cuerpo y del alma, hasta las compensaciones y los excesos, o el cultivo solapado de ciertas “originalidades” y privilegios... todo lo que pueda hacerme experimentar que valgo, que soy especial, que me va bien, que puedo, que signifique algo para los demás, que al fin y al cabo no soy tan malo como parece... ¡Qué difícil resulta aceptar nuestros propios límites con honestidad! Reconocer con hidalguía lo que podemos y lo que no. Soportar con valentía la tensión interna entre el reconocimiento de ese “barro” del que estamos hechos, y a la vez esa tendencia hacia lo ilimitado, hacia lo eterno, hacia la perfección y la plenitud.



No aceptar lo débil, lo vulnerable, sí, incluso lo pecaminoso y defectuoso en nuestra vida, es no pocas veces, la causa de enfermedades físicas y psicológicas, de complejos y de stress. Así lo constata José Kentenich en su larga experiencia como guía espiritual de laicos y consagrados:

*...un sinfín de enfermedades neuróticas: tienen su origen en el hecho de que el hombre contemporáneo no es capaz de asimilar psíquicamente: que tenga un cuerpo, y por lo tanto, que tiene límites; que sea sexuado y que, por lo tanto no es perfecto en sí mismo y necesita ser complementado; que sea un ser comunitario y, por lo tanto, que depende de los demás.*

*El hombre es un ser limítrofe en un doble sentido. Por una parte, posee límites que son la consecuencia de su estructura de ser; y, sin embargo, por otra parte, con sus limitaciones se proyecta y abarca todas las esferas del ser. Si el hombre padece ya tantas enfermedades neuróticas a causa de sus límites, cuánto más aparecerán estas si cavamos más hondo y no sólo constatamos limitaciones derivadas de la estructura del ser, sino también debilidad moral, incluso, hasta el pecado y el pecado grave.*

*Por eso se comprende que es tarea de cada creyente, el aprender a manejar mejor su sentimiento de culpa y su necesidad de castigo y de no reprimirlos. De lo contrario deben suponer que el cuerpo y el alma tengan que pagar la cuenta. La culpa y la debilidad no comprendidas y no reconocidas son caldo de cultivo de muchísimas enfermedades del cuerpo y del alma (José Kentenich, *Desafíos de nuestro tiempo*).*

¿No arrastran nuestras familias y comunidades en sus miembros un sinfín de enfermedades que nunca terminan de sanar, cuyo origen no resulta claro para ningún especialista? ¿No son las cuentas de exámenes, médicos y medicamentos –en ocasiones- más altas incluso que las de alimentación? ¿No nos expone la vida familiar y comunitaria a una constante

comparación, en ocasiones incluso a una innecesaria competencia, a una especie de manía de validación y de reconocimiento?

*Si concentro todas mis fuerzas en no ensuciar mi cuello blanco -continúa diciendo José Kentenich- no seré nunca un hombre religioso, ni siquiera tocaré la esfera de lo religioso. Dios quiere nuestra dependencia filial llena de afecto. Y, normalmente, no aprendemos la dependencia de Dios si no cometemos “tonterías”. Desde luego, me esfuerzo por no cometerlas. Pero es algo muy distinto a ese “bloquearse”, a ese “por ningún motivo”. Esta actitud representa al hombre que está enfermo de moralismo, es el eticista, el que ha reprimido lo religioso: sólo se mueve en el ámbito del mundo ético y no quiere salir de allí (José Kentenich, Desafíos de nuestro tiempo).*

Qué distinto se nos presenta San Pablo, pero qué humano a la vez. Sin embargo, su honestidad es demoledora. Tanto como conoce sus méritos, es consciente de su debilidad, de su pecado, de su pequeñez. Sin duda la experiencia Damasco es la hora de su conversión, el momento en que se define y se reorienta su relación con Dios. Esta experiencia que literalmente lo tiró por tierra que lo hizo morder el polvo, lo ayudó a volver en sí, y a saborear su condición de criatura, la de necesitado de misericordia, la de hijo, digno de la gratuidad de Dios... Sin esta condición, no hay lugar en la vida para tal manifestación. Si podemos solos, si todo nos resulta, si el éxito nos confunde y los hombres nos aplauden, si basta con nuestra fuerza humana, con nuestro ingenio y talento ¿dónde hay lugar para la manifestación de Dios?

¿No es este el drama del tiempo actual, el drama de todos los tiempos? Ya lo decía la serpiente en el Edén: *y seréis como dioses (Gn 3,4)*. Es la tentación de no necesitar más a Dios, de creernos capaces de reemplazarlo por nuestro criterio, nuestra ciencia, nuestro bienestar, nuestra creatividad, nuestras estrategias, nuestros seguros contra catástrofes, enfermedades, terceros y cuartos..., es la que también en la esfera personal, lo obliga -por decir así- a usar todo su ingenio para hacernos caer en cuenta, para regalarnos infinidad de veces una nueva oportunidad de experimentar nuestra debilidad, de

experimentar nuestra necesidad de Él. Porque cuando Dios permite en nuestra vida la experiencia abrumadora de nuestro error, de nuestra limitación, de nuestra pobreza y pequeñez, nos está regalando la oportunidad de regresar a su propio corazón.

¡Cuántos intentos se deben hacer hasta conseguirlo! y nunca el retorno es del todo definitivo. Por lo general es un largo proceso muchas veces entorpecido por nuestras vivencias previas o anteriores, por nuestra vitalidad que nos hace ponernos de pié demasiado rápido, por nuestro carácter -en extremo melancólico o en exceso colérico- que reacciona desde lo meramente humano, por nuestros complejos de grandeza o de inferioridad, etc. Son pocos los que han perseverado en la prueba, hasta experimentar irracionalmente la gratuidad del amor, la fuerza incontenible de la misericordia, y pocos también los que permanecen en esta experiencia salvadora, liberadora.

Y curiosamente, para experimentar esta misericordia, es necesario ser digno de ella, es decir, no tener más méritos que necesitarla. Esta es también la conclusión a la que llega San Pablo, confrontado de manera aguda con su debilidad: *Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de estas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mi, pero él me dijo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mi la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando soy débil, es cuando soy fuerte (2 Cor 12, 7-10).*

André Louf en sus meditaciones en el libro “A merced de su gracia” escribe al respecto: *¿Tuvo miedo San Pablo ante su debilidad? ¿Le es intolerable su imagen? Jesús no cede sin embargo. No se le suprime la tentación a San Pablo, porque le es mucho más provechoso permanecer en ella para que aprenda lo que el poder de Dios es capaz de hacer en el corazón de*

*la debilidad. Ni la fuerza de Pablo, ni su victoria personal tienen importancia, únicamente su perseverancia en la tentación, y al mismo tiempo en la gracia. La gracia no viene a injertarse en nuestra fuerza o en nuestra virtud, sino sólo en nuestra debilidad. Entonces ella sola es suficiente. Somos fuertes cuando nuestra debilidad se nos hace evidente. Es el lugar bendito en el que la gracia de Jesús puede sorprendernos e invadirnos. (...) Pensamos inconscientemente que hay que buscar la santidad en la dirección opuesta al pecado, y contamos con Dios para que su amor nos libere de la debilidad y del mal, y nos permita así alcanzar la santidad. Pero Dios no actúa con nosotros de esa manera. La santidad no se encuentra en el extremo opuesto de la tentación, sino en el corazón mismo de la tentación. No nos espera más allá de nuestra debilidad sino en el interior mismo de ella. Escapar de la debilidad sería escapar del poder de Dios que sólo actúa en ella. Tenemos que aprender a permanecer en nuestra debilidad al mismo tiempo que entregados a la misericordia de Dios. Sólo en nuestra debilidad somos vulnerables al amor de Dios y a su poder. Permanecer en la tentación y en la debilidad es el único camino para entrar en contacto con la gracia y para convertirse en milagro de la misericordia de Dios.*

Este es el secreto que hace comprensible la confesión de Pablo: *¡Por lo tanto con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo! Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias sufridas por Cristo; pues cuando estoy débil, es cuando soy fuerte (2 Cor. 12, 9).* Su debilidad lo ha hecho vulnerable al amor de Dios y a su poder.

Los días que permaneció en Damasco, sin ver, ni comer, ni beber, el tiempo que perseveró en ese dolor agudo que lo llevó a confesarse *el último de los elegidos, como un aborto (1 Cor. 15,8)* revelan cómo y en qué medida experimentó su miseria y pequeñez. No huyó de ella sino que la sufrió en silencio y dejó que se desplegara en ella la fuerza de la misericordia de Dios que no vino a llamar a los justos sino a los pecadores. Pablo no da vuelta a la hoja a continuación, como queriendo olvidar rápidamente ese episodio en su vida, por el contrario, lo recuerda una y otra vez, no para desmoralizarse o por el placer de sufrir, sino porque es allí, en esa circunstancia donde descubre que donde abundó el pecado, sobreabunda el amor de Dios.

Porque finalmente se trata justamente de esto, de que la fuerza de Cristo habite en nosotros, *pues cuando estoy débil, es cuando soy fuerte*. ¿Pero qué mayor garantía de que es su gracia la que nos sostiene y se regala a través nuestro sino nuestra pobreza y pequeñez? Quien no ha tenido la oportunidad de llegar hasta el final de esta experiencia -la de la propia debilidad en su vida- construye aún sobre arena, permanece expuesto a las angustias de la subsistencia cotidiana, está todavía demasiado centrado en sí mismo, pendiente de sus logros, ahogado en sus criterios personales, incapacitado de llevar a cabo los encargos divinos porque no confía en su gracia, necesitado –por lo tanto- de conversión.

Y dice José Kentenich a este respecto: *A la larga, solamente podremos soportar la experiencia de la pequeñez si simultáneamente tenemos la vivencia de la entrega a un Tú grande. Por consiguiente, casi podemos decir: la vivencia de la pequeñez debe ser completada por la vivencia de la grandeza.*

*Esta es precisamente la gran realidad; que yo pierda totalmente mi centro de gravedad. Esto quiere decir, debo trasladar mi centro de gravedad fuera de mí. Cuánto tiempo necesitamos hasta que nos hemos perdido en un tú, hasta que el tú haya llegado a ser el centro de mi ser, de mi vida, de mi actuar; hasta que el tú determine realmente mi sentimiento de vida.*

*Mirad, cuando el tú, cuando Dios es el centro de gravedad, recién entonces comprenderéis lo que quiere decir: la piedad filial (o infancia espiritual) consiste en la pequeñez y la grandeza. (...) En la experiencia del desamparo, pero también en la experiencia de la dependencia y de la adhesión.*

Esto supone también una cuota grande de humildad, entendida como esa actitud que nos capacita y motiva, basados en un clarísimo y veraz conocimiento de nosotros mismos y de Dios, de estimarnos -separados de Dios- como poca cosa, y de estimarnos en unión con Él, como personas de un gran valor y grandeza. Sí, es necesario llegar a ser milagros de humildad,

no sólo en el de complacernos en nuestra propia debilidad, sino también en complacernos en que otros conozcan nuestra debilidad y nos traten de acuerdo a ella. Sólo así es posible llegar a ser además un milagro de confianza, de paciencia y de amor. En la medida en que realmente me experimento en mi debilidad, entonces, todo mi ser me impulsa hacia la profundidad de Dios. Y entonces, sé que la fuerza divina debe desposarse con mi impotencia, con mi debilidad. Me glorío en mi debilidad, porque así se manifiesta en mí la fuerza de Cristo.

Todos estos son contrastes que nos hablan de ese orden nuevo que viene a instaurar el Señor, cuando nos exhorta: *si no cambiáis y os hacéis como niños (Lc. 18, 17)*. Porque sólo en el amor, en la experiencia del perdón, del ser amados y contenidos en nuestra debilidad -como lo experimentan los niños- es posible aceptar y comprender que la debilidad ante Dios es una ventaja, la ventaja del hijo sobre el corazón de su Padre.

De esta profunda vivencia, nace el reconocimiento lúcido de Pablo que nos dirá más tarde cuáles son las categorías con las que Dios escoge a los suyos y les confía una misión: *¡Mirad hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios, más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, a fin de que, como dice la escritura, el que se gloríe gloríese en el Señor (1 Cor. 1,26)*

¿No pertenece cada cristiano a esta porción de los elegidos? Cada uno de nosotros podría dar testimonio -como Pablo- de las ocasiones en las que el Señor nos ha permitido experimentar nuestra pequeñez, gozosa y dolorosamente a la vez. Y así, percibimos cómo en esta vivencia se juega nuestra postura íntima y decisiva ante Él. En la pequeñez radica pues el secreto

de nuestra grandeza. La pequeñez condiciona y despierta nuestra grandeza en Dios. Por eso, humildad, entrega, confianza.  
*¡Todo lo puedo en aquel que me conforta!*

**Preguntas para la reflexión:**

- 1.- ¿Qué puedo compartir de los sentimientos, experiencias y situación en la que me encuentro tras las 11 charlas escuchadas?
- 2.- ¿Qué puedo compartir de mi experiencia de debilidad y de la frase *Todo lo puedo en Aquel que me conforta?*